



¿Qué significa predicar hoy en día?¹

Capítulo General de Oakland

El siglo XIII, cuando vivió santo Domingo, era un tiempo de cambios dramáticos. Ordenes más antiguas se echaban hacia atrás, por miedo ante un mundo en transición. Santo Domingo se adelanta para enfrentarse sin miedo al futuro, movido por la compasión para con los hombres y mujeres confusos, y en busca de un nuevo sentido. Como Santo Domingo, no tenemos miedo a escuchar la Palabra de Dios tal como se nos revela en el mundo de hoy que también está en transición. Queremos hacerlo porque la fidelidad a Santo Domingo y a la Iglesia lo demandan. Pero, "¿Qué clase de predicación es aquella que mantiene vivo el fervor de los predicadores y se demuestra irresistible para los oyentes? ¿Qué clase de vida está sosteniéndola, produciendo tales frutos?".

"Nuestra experiencia de escuchar", nuestro compromiso para con las vidas de otros y nuestras reflexiones, nos han abierto los ojos para un mundo de mentiras. Con nuestro carisma de buscar y proclamar la Verdad, este mal constituye para nosotros un particular desafío (Carta de Oct. 88). Somos llamados a ayudar a construir mediante nuestra predicación una cultura de la verdad y de las relaciones humanas, para reemplazar la cultura de la mentira. La compasión de Santo Domingo nos urge a denunciar la injusticia, a leer los signos del futuro que se están realizando y a hacer los proyectos respectivos. En el corazón de estas situaciones muy concretas, con sus implicaciones sociales, políticas y humanas, nuestra predicación, fiel a Dios y a la humanidad, distinguirá entre lo que está muriendo y lo que está naciendo, entre lo que significa salvación y lo que no, entre la verdad y la ilusión o la mentira.

No podemos pasar por alto el rol que los medios internacionales de comunicación tienen respecto a la creación de este mundo de mentiras y al establecimiento de un imperialismo cultural. Confesamos nuestra propia participación al legitimar mediante nuestro silencio el creciente abismo entre el lujo y la miseria, entre los ricos y los pobres. Estamos llamados a responder con creatividad a los problemas contemporáneos del hambre mundial, de los conflictos sociales, del aumento de la violencia contra la naturaleza y contra ciertos sectores de la sociedad, especialmente cuando esta violencia se dirige contra las mujeres. Para nosotros eso no es sólo una cuestión feminista sino una cuestión del conocimiento de Dios y su justicia. Es parte de nuestra tradición y lo ha sido siempre, desde que Santo Domingo recibió primero a mujeres marginadas y las convirtió en la base para su predicación.

Aceptamos las consecuencias de vivir en diálogo con un mundo pluralista. Aceptamos las consecuencias de un proceso inevitable de secularización. Aceptamos las implicaciones sociales y políticas de nuestra fe y de nuestra tarea como predicadores. Muchos de nuestros hermanos y hermanas ya lo han hecho, poniéndose decididamente al lado de los pobres.

Nuestra predicación tiene que dirigirse a este mundo. Tiene que poseer relevancia, porque no podemos predicar hoy en el lenguaje de ayer. Es ésta la actitud que da credibilidad a nuestra predicación. Jamás será una orientación vivencial si los predicadores no la han vivido para su propio bien y su propia felicidad. Los que nos están escuchando, muy pronto se dan cuenta de que algunas de nuestras palabras no son más que palabras, sin raíz, sin ser verdadera fuente de vida para el que está predicando. Por eso es necesario confrontar la situación de injusticia en el mundo: un mundo donde la pregunta por la existencia de Dios es trivial frente a la pregunta por su justicia. Se trata de un mundo donde, para millones de gentes, el problema fundamental no es Dios, sino "¿quién tendrá que comer?", o simplemente "¿quién está muriendo?" Hablar de Dios se hace cada vez más difícil. Esta dificultad no puede justificar una evasión hacia la dimensión meramente horizontal. Tenemos que buscar el necesario equilibrio capaz de garantizar la integridad del Evangelio y su verdad.

El estudio es sumamente necesario para la predicación y la salvación de las almas (Humberto de Romans), pero éste es el mundo que debemos estudiar. Si la predicación se orienta hacia la salvación de la persona entera, entonces es en este mundo en el que debemos ser salvados. Un mundo que nos convoca porque estamos llamados especialmente a aquellas áreas de necesidad en las que la Iglesia tiene dificultades en responder (Carta del Maestro de la Orden sobre la Predicación). Para que nuestra predicación tenga relevancia es urgente que evaluemos nuestra formación intelectual. Tenemos que preguntarnos si es adecuada para el cumplimiento de nuestro rol profético en la Iglesia (Informe del Maestro de la Orden para el Cap. Gen.). La predicación verdaderamente dominicana nos lleva hacia una comprensión intelectual de la fe y

una más profunda reflexión respecto a una visión de la vida que puede ayudarnos a construir el futuro de manera nueva. A diferencia de los fundamentalistas, creemos que la Biblia no es un libro mágico de respuestas preparadas sino, más bien, un camino en la historia, muy concreto, que suscita preguntas y busca vida.

El convento en casa y en camino

Nuestro avance hacia estas áreas nuevas de necesidad requiere que reinterpretemos nuestro espíritu. No es que primero contemplemos para luego salir hacia los otros (*aliis tradere*). *Nosotros, llamados a predicar, somos primeramente convocados a contemplar con los otros, estar a la escucha, a ponernos al lado de los que oyen la palabra de Dios.* Nosotros, predicadores, no estamos del lado del misterio, que nunca podemos pretender como nuestro. Para ambos, predicador y pueblo, el misterio se revela en lo nuevo, sorprendiéndonos por caminos impredecibles.

Tenemos que acompañarnos mutuamente, apoyarnos y atrevernos a compartir nuestras historias personales, para así poder predicarnos los unos a los otros. Nuestra predicación, como nuestra vida, es comunitaria. Si nuestras comunidades son lo que se supone deben ser, es decir, comunidades misioneras, entonces la vida con la gente les ayudará a dar a la comunidad una forma tal que dejará que su presencia no sea sólo física, sino una presencia inspirada por la oración, la contemplación y las reuniones comunitarias, que no son medios de evasión, sino de hacernos presentes entre la gente de forma real y profunda. Esta presencia es nuestra primera manera de predicar. *Escuchar de modo dominicano implica una comunidad de hermanos y hermanas y compartir en la comunión del mismo proyecto de vida.* Esta gente estará entonces presente desde el primer momento en que se prepara la respuesta al mundo.

Hoy día, predicamos siendo fieles a nuestra tradición, recobrando la idea del convento como comunidad, compartiendo la misma misión de ser enviados y de enviar: "Conventos que, sin murallas ni puertas, están abiertos para todos". Ser un convento "en camino" significa redescubrir lo que comporta ser itinerante. Ser un convento en camino significa que hemos de dejar muchas cosas para permanecer movibles. Uno no puede ser itinerante sin ser movable, y uno no puede ser movable sin ser pobre. *Somos llamados a la predicación itinerante.* Somos llamados siempre a buscar nuevos lugares de predicación: nuevos lugares que en realidad no son lugares, sino gente. Tenemos que reinterpretar nuestra itinerancia como una actitud de apertura de nuestras actitudes y mentalidades hacia la calidad de vida en el proceso de nacer y crecer. Es urgente que aprendamos a escuchar, a amar de veras el mundo de nuestro tiempo de tal manera que ello sea reconocible en el modo como el predicador habla y actúa, para que los otros puedan en eso mismo hallar un espacio para saborear la Buena Nueva.

Al servicio de la esperanza

La gente hoy día está esperando un futuro en el que se pueda vivir humanamente; la gente hoy día está sufriendo también una gran angustia respecto a este futuro, ya que la situación de injusticia de la gran mayoría no sólo es escandalosa sino que también constituye un amenaza para el futuro. *Nuestra tarea como predicadores es entrar en este mundo de hoy para fortificar tal esperanza y garantizar ese futuro.*

Nuestra predicación no se justifica si no es capaz de despertar esperanza y comunicar nueva fuerza. Toda nuestra predicación sobre la justicia y la paz tiene que mantenerse fiel a esta invitación ofrecida por el Evangelio; no hemos de juzgar a la gente, sino abrirla a un mundo donde justicia y paz se realizan, aunque en forma humilde, pero capaz todavía de ser una bienaventuranza.

Finalmente, nos damos cuenta de lo frágil que son los vasos en los que llevamos y guardamos el tesoro de la Palabra de Dios. *Es por gracia por lo que se nos ha llamado siempre a este ministerio, algo de lo que hemos de maravillarnos siempre.* En eso vemos que es una fuerza extraordinaria que no podemos reclamar como nuestra (1 Cor 4,7). Tenemos que compartirla de la misma manera que la hemos recibido -libre y gratuitamente. "Porque predicar el Evangelio no es para mí un motivo de orgullo, ésa es mi obligación, ¡pobre de mí si no lo predicara!" (1 Cor 9,16).